

UNA EXCURSIÓN POR EL TIRRENO:
EL VIAJE DE RUTILIO NAMACIANO

ALBERTO J. VACCARO

Rutilio Namaciano (ca. 370 - ca. 430) nació en Toulouse o en Poitiers, pero pasó buena parte de su vida en Roma. De su obra se ha conservado *De reditu suo* (420), en dos libros, que narraban un viaje que emprendió en 417, de vuelta a su tierra natal. El libro I comprende 644 vv. y del II se conservan sólo 68 vv. Su transmisión se ofrece en dos códices, el V (Vindobonensis, siglo XV) y el R (Romanus, siglo XVI). La *editio princeps* data de 1520 y fue publicada en Bologna por Gian Batista Pico.

El relato con que el poeta galo rememora su viaje de retorno a la tierra natal, en 417 d. C., según cálculos de J. Carcopino¹, proporciona al lector la visión, a veces espectacular, de los lugares transitados, después de una deliberada elección de itinerario marino; el poema permite observar su modo de asumir estilísticamente cada paisaje enfrentado, a lo cual se agregan algunas inquietudes espirituales que el viajero ha sembrado en medio de la descripción de su trayecto.

Roma

A pesar de haber nacido en la Galia transalpina, Rutilio Namaciano ha vivido largo espacio en el deslumbramiento de Roma, de manera que, al volver a los lares patrios, dedica los primeros 164 vv. al elogio de la Urbe y se le ocurre que el tiempo todo no es excesivo para permanecer en la ciudad imperial (I 3), cuyos indiscutibles méritos, acrisolados en tantos siglos de gloriosos triunfos, la convierten para todo el mundo en dueña y señora:

Exaudi, Regina tui pulcherrima mundi,
inter sidereos Roma recepta polos!
Exaudi, Genitrix hominum, Genitrixque deorum,
non procul a caelo per tua templa sumus (I 47-50)²

Reinado que, sin embargo, a causa de sus hazañas, es más estrecho de lo que en realidad merece su fama (I 91-92).

Su reconocida grandeza le permite superar con holgura los reveses de la

¹ J. CARCOPINO. *Rencontres de l'histoire et de la littérature romaines*. Paris. Flammarion, 1963. p. 244.

² "Escucha, hermosísima reina de un mundo tuyo, Roma, admitida entre los astros del cielo! Escucha, Madre de los hombres y Madre de los dioses, por medio de tus templos estamos cerca del cielo".

suerte y esperar tiempos favorables, a manera del cielo que, a pesar de sus habituales e intermitentes detrimentos (I 121-122), siempre se rehace, como ya había expresado Catulo en famoso poema³. Tal condición es una de sus más idóneas posibilidades de sobrepasar el poderío de otras naciones (I 139-140), pero la felicidad de la ciudad eterna se expande a tal punto que, excediendo sus límites, alcanza a toda la extensión del Lacio (I 11-12).

Más allá de Roma y de la región en que está enclavada, Italia entera estimula en Rutilio un elogio general envuelto en una sintética descripción:

Italiam rerum dominam qui cingere uisu
 et totam pariter cernere mente uelit,
 inueniet quernae similem procedere frondi,
 artatam laterum conueniente sinu.
 Millia per longum decies centena teruntur
 a Ligurum terris ad freta Sicaniae.
 In latum uariis damnosa amfractibus intrat
 Tyrrheni rabies Hadriacique salis.
 Qua tamen est iuncti maris angustissima tellus,
 triginta et centum millia sola patet.
 Diuersas medius mons obliquatur in undas,
 qua fert atque refert Phoebus uterque diem.
 Urget Dalmaticos Eoo uertice fluctus
 caeruleaque occiduis frangit Etrusca iugis.
 Si factum certa mundum ratione fatemur
 consiliumque dei machina tanta fuit,
 excubiis Latiis praetextuit Appenninum
 claustraque montanis uix adeunda uis (II 17-34)⁴.

La expansión imperial de la Urbe sugiere al poeta que no ha perjudicado, sino que, paradójicamente, ha sido un bien para toda la porción de humanidad

³ "Soles occidere et redire possunt" (V 4).

⁴ "Quien quiera abarcar con la mirada a Italia dueña del mundo e igualmente verla entera con el espíritu, descubrirá que se desarrolla igual a una hoja de encina, estrechada por los golfos correspondientes de sus lados. Mil millas de largo se recorren desde las tierras de los ligures hasta el estrecho de Sicilia. En sus costas entra por varias sinuosidades la dañina furia del mar Tirreno y del mar Adriático. Empero, por la parte en que los mares se han acercado, donde la tierra es más angosta, se extiende sólo en ciento treinta millas. La montaña del medio se tuerce hacia los opuestos mares, por donde uno y otro Febo trae y lleva el día. Con su cumbre oriental domina las olas dálmatas y con sus cimas occidentales quebranta el azul del mar etrusco. Si reconocemos que el mundo ha sido hecho con un determinado plan y si el propósito de dios fue una tan grande máquina, como guardia del Lacio adelantó los Apeninos y sus pasos, apenas transitables por los montañosos caminos".

conquistada (I 63-66), porque Roma no sólo les llevó sus adelantos y beneficios, sino también les enseñó el uso de la ley, y por ello todos la celebran por doquier ya que el yugo les ha dejado la cabeza libre (I 77-80), y ahora la capital del mundo aprovecha los resultados de haber sembrado por todas partes una cultura, una forma de vida, cuyo fruto es que todo el imperio, desde el Rin hasta el Nilo, proporciona alimento a su propia alimentadora (I 145-148).

En el elogio de la grandeza inmortal de Roma llama la atención sobre uno de sus artilugios más notables, los acueductos, cuya estructura se sigue imitando hoy y alguno de los cuales, como el de Segovia, en España, todavía se yergue airoso después de milenios de incansable servicio. (I 99-102).

Hasta el tiempo es mejor en Roma que en otras regiones, con una primavera siempre dulce y un invierno nunca dañino (I 113-114).

Color de la luz

Para emprender el retorno a la tierra natal se le ofrecen dos alternativas, la tierra o el agua, y se decide por el mar para evitar inundaciones y atascamientos propios de la vía terrestre (I 37-38).

Durante el relato de la travesía se solaza varias veces en la descripción de la alborada, como un tinte que empieza a encenderse:

Soluimus aurorae dubio, quo tempore primum
agnosci patitur redditus arua color (I 217-218)⁵,

y como un medio inexcusable para reanudar la navegación que ha estado suspendida, cautelarmente, durante la noche (I 541); pero de pronto, a causa del sol naciente, la ve roja (I 277) y este mismo color es el que facilita el reconocimiento de la marcha (I 429-430), mientras que otra vez la distingue de color de azafrán (I 511); sin embargo, algunas mañanas el espectáculo no le dicta otra variante que el simple enunciado que la aparición del día (I 349) o la labor propia de retomar los remos cuando la claridad lo permite (I 399-400).

El crepúsculo vespertino, en cambio, aparece una sola vez en la relación del viaje (I 294), sin ninguna especificación de luz ni de color.

Derrota

Habiendo salido de Roma el 16 de octubre del 417, el itinerario, que se narra a partir del v. 165 del libro I, arranca de un punto en que el Tíber se bifurca (I 179-180), pero se demora quince días, hasta el 31 de octubre al alba, en espera de buen tiempo para hacerse a la mar (I 205-206). Siguiendo la tierra de Alciun y

⁵ "Cortamos amarras a la incierta luz de la aurora, momento en el que la vuelta del color deja que se reconozcan los campos".

de la desolada Cosa (I 285-286), y de ahí arriban, el 1º de noviembre, al puerto de Hércules (*Portus Herculis Monaeci*) (I 293).

Un día después, al pasar por las inmediaciones del monte Argentario, entre Tarquinia al sur y el río Umbro al norte, el poeta proporciona las medidas del ancho y el perímetro del promontorio (I 315-320).

Las cimas boscosas de la isleta de Igilium (hoy Giglio), cuyo mérito no puede pasarse por alto (I 325-326), se divisan de lejos, al oeste del promontorio Argentario, antes de llegar al río Umbro (hoy Ombrone) cuya desembocadura, unos veintiocho kilómetros al norte del promontorio, adonde llegan el 2 de noviembre, ofrece seguro asilo cuando alguna tempestad obliga a abstenerse de altamar (I 337-340).

El día 3 enfrentan la isla de Ilua (hoy, Elba), entre las costas corsa y etrusca, pero más cercana al continente y tan rica en minerales que no se le pueden parangonar ni la tierra nórica (entre el Danubio y los Alpes), ni la Bitúriga (hoy Bourges, en el valle del Loire, centro de Francia), con su masa de metal candente, ni Sardes (hoy, Cerdeña), con su lingote (I 357-354); se detienen sin embargo en frente, en Faleria, donde, saltando a tierra en busca de albergue, encuentran un delicioso estanque en que los peces van y vienen libremente; el hospedaje, empero, en manos de un judío, les resulta oneroso:

Egressi uillam petimus lucoque uagamur:
 stagna placent septo deliciosa uado.
 Ludere lasciuos inter uiuaria pisces
 gurgitis inclusi laxior unda sinit.
 Sed male pensauit requiem stationis amoenae
 Hospite conductor durior Antiphate.
 Namque loci querulus curam Iudaeus agebat,
 humanis animal dissociale cibis.
 Vexatos frutices, pulsatas imputat algas
 damnaque libatae grandia clamat aquae (I 377-386)⁷.

Al caer la tarde del 4 se encuentran cerca de Populonia, al otro lado del golfo donde se asienta Faleria; allí las aguas penetran en línea circular y no hay faro preventivo pero sí una fortaleza capaz de defender la costa y hacer señales al mar; se observan además unas mezquinas ruinas de épocas anteriores (I 401-412).

Un día más y, cincuenta kilómetros al oeste de Elba, se enfrentan con las

⁷ "Habiendo desembarcado nos dirigimos a una quinta y vagamos por un bosque: nos encanta un delicioso estanque con su agua encerrada. El oleaje tranquilo del estanque deja que unos brincadores peces jueguen en un vivero. Pero un guía más duro que el huésped Antifate cobró caro nuestro descanso en el ameno puerto. En efecto, un hurano judío cuidaba el lugar, animal inconciliable con el alimento humano. Nos imputa maltrato de arbustos, pisoteo de las aguas y reclama a gritos por el gran perjuicio del agua tomada".

brumosas montañas de Córcega cuyas cimas parecen más altas a causa de las nubes del entorno (I 431-432). Habitada por hombres que han elegido ser ciegos hacia el exterior (I 439-444), surge en el mar, a mitad de camino entre la punta norte de Córcega y el continente, la isla Capraria, antes de llegar, unos noventa kilómetros al nordeste de Elba, a Volaterrae o, más precisamente, el puerto etrusco de Veda Volaterrana, al que se accede por un canal peligroso que demanda atenta maniobra, entre dos árboles y una doble línea de estacas sumergidas, cuyo riesgo avisan unas ramas siempre verdeantes de laurel:

In Volaterranum, uero Vada nomine, tractum
 ingressus dubii tramitis alta lego.
 Despectat prorae custos clauumque sequentem
 dirigit et puppim uoce monente regit.
 Incertas gemina discriminant arbore fauces
 defixasque offert limes uterque sudes.
 Illis proceras mos est adnectere lauros
 conspicuas ramis et fruticante coma,
 ut praebente uluam densi symplegade limi
 seruet inoffensas semita clara notas (I 453-463)*.

Pero no debe confundirse con Volaterrae (hoy, Volterra), vieja ciudad etrusca mediterránea, sin ningún curso de agua evidente.

Una tormenta les obliga entonces a buscar hospedaje en la cercana Albino, y esto les permite visitar unas salinas próximas formadas en una laguna, por donde entra el mar para, desde un pequeño tajar, surtir a múltiples acequias; cuando, ardiendo, el sol amarillea las hierbas y deja el campo sediento, se detiene el mar afuera por cierre de las esclusas, para que la calcinada tierra endurezca las inmóviles aguas. El fuerte sol cuaja la sal y forma una gruesa costra (I 475-484).

Después de esa etapa, el 7 de noviembre, aparece la isla de Gorgon, entre Pisa y Cirmos, nombre griego de Córcega, de donde siguen a Triturrita, situada en la desembocadura del Arno, en una península prolongada dentro del mar con piedras puestas por los habitantes; posee un puerto adonde confluyen los productos de Pisa y ultramarinos; la costa está libremente expuesta a los embates de las olas y los vientos; las algas crecen profundamente pero no provocan peligro para la navegación y en cambio rompen la fuerza del oleaje (I 527-540). De ahí Rutilio marcha el día 8 a Pisa, población etrusca, a quince kilómetros de la costa, por un

* "Habiendo entrado en la insegura corriente de Volterra, Vada según su verdadero nombre, elijo las profundidades. El vigia de proa mira hacia el fondo y dirige el dócil timón y guía la popa con las advertencias de su voz. Distingue la insegura boca por sus dos árboles y uno y otro borde ofrece estacas enclavadas. Es costumbre añadirles unos laureles altos, visibles por sus ramas y su fronda retoñante, para que, aunque la cohesión de su espeso barro produce algas, el límpido pasaje conserve sus firmes jalones".

camino de peatones; encuentra así una ciudad rodeada por el Arno y el Ausur, ríos que, confluyendo, forman el vértice de un ángulo y cuyas aguas se encaminan al mar con el nombre del primero (I 565-570).

Al comienzo del relato del segundo libro, en una parte en que el mar se estrella contra la alta montaña, empiezan a divisarse las cimas de los Apeninos (II 15-16).

El 11 de noviembre llegan, en la trunca relación, a Luna o Carrara, cincuenta kilómetros al norte de Pisa, cuyas blancas murallas brillan a lo lejos; la región se distingue por una piedra del color de la flor de lis, con una superficie lustrosa y veteada; es, como todo el mundo sabe, una tierra opulenta en afamados mármoles:

Auehimur celeri candentia moenia lapsu;
 nominis est auctor sole corusca soror.
 Indigenis superat ridentia lilia saxis
 et leui radiat picta nitore silex;
 diues marmoribus tellus quae luce coloris
 prouocat intactas luxuriosa niues (II 63-68)⁹.

El mar

El azul del mar es denotado por el poeta con una voz que ha sido habitual para ello en lengua latina: *caerula curua* (I 316), *caerula Etrusca* (II 30), pero cuando lo contempla en un estado de agitación tal que remueve las arenas del fondo, advierte que su tono habitual se ha transformado en amarillo (I 639).

El oleaje es observado en diversas facetas. Unas veces la ola atravesada susurra con suave murmullo (II 14), pero otras se encrespa hasta mostrarse con *magnis fluctibus* (I 635). Asimismo capta el poeta su poderosa voracidad, la fuerza de erosión con que carcome la onda en su permanente asedio (II 23-24).

La travesía choca con una tormenta marina que el viajero describe atentamente hacia el final del primer libro:

Interea madidis non desinit Africis alis
 continuos picea nube negare dies.
 Iam matutinis Hyades occasibus udae;
 iam latet hiberno conditus imbre lepus,
 exiguum radiis, sed magnis fluctibus, astrum,
 quo madidam nullus nauita linquat humum.

⁹ "Llegamos a unas blancas murallas en corto tiempo; el origen de su nombre es la hermana del sol, que le presta su brillo. Con sus rocas naturales supera a los rientes lirios y la pulida piedra brilla con suave resplandor: una tierra rica en mármoles que con el reflejo de su tono desafía orgullosa a las immaculadas nieves".

Namque procelloso subiungitur Orioni
 aestiferumque Canem roscida praeda fugit.
 Vidimus excitis pontum flaescere arenis
 atque eructato vertice rura tegi (I 631-640)¹⁰.

El mar puede ofrecer puertos naturales, que, como el de Triturrita, no requieren defensa alguna de mampostería (I 533-536); lo que sucede es que una crecida alga entrecorta las olas embravecidas y cierra el paso a los torbellinos de ultramar, al tiempo que flota suavemente la caja de la nave sin dañarla (I 537-540).

En cambio, en Volterra (Etruria), cuyo verdadero nombre es Vada, la embocadura del puerto es peligrosa y reclama la vigilante atención en proa, de un vigía que maneja el gobernalle y dirige a gritos la maniobra (I 453-456).

Cuando no la provee la naturaleza, el hombre debe procurarse una defensa para que el mar se aquiete en puerto, como ocurre en Cività Vecchia, cuyo estrecho acceso al anfiteatro natural de su escarpada costa es protegido por una isla artificial; un par de torres indica las angostas gargantas de uno y otro lado (I 239-244) y como la fundación de diques no ha bastado a la seguridad de las naves, que no deben ser agitadas por ningún soplo, se les ha abierto paso hasta el propio seno de la población (I 243-246).

También las islas, por lo menos las que pinta Rutilio, son patrimonio del mar. La de Elba, elogiada por su riqueza en minerales (I 351-354), no es motivo sin embargo de descripción alguna; otro tanto ocurre con Capraria (I 439-440), de la que sólo se mencionan sus extraños habitantes, mientras que de Gorgon apenas informa sobre su condición natural de isla: "ponti medio circumflua" (I 515). En cambio, llama la atención sobre el aspecto montañoso y nuboso de Córcega:

Incipit obscuros ostendere Corsica montes
 nubiferumque caput concolor umbra leuat (I 431-432)¹¹.

Ríos, lagunas y termas

Dos vías fluviales, de opuestas condiciones, interesan a la navegación de Rutilio: una de ellas, el Umbro, por su desembocadura favorable a los navíos cuando alguna tempestad los obliga a buscar refugio; otra, el Munio o Mignone,

¹⁰ "Entre tanto el ábrego, con sus húmedas alas, no deja de decir que no con una negra nube días seguidos. Ya en sus ocasos matutinos las húmedas Híadas: ya escondida por la lluvia invernal se oculta la liebre, astro pequeño en cuanto a rayos, pero de grandes olas, con el cual ningún navegante dejaría la inundada tierra. En efecto, sigue el tormentoso Orión y como rociada presa elude al caluroso Can. Vimos que el mar amarilleaba al removerse sus arenas y los campos eran cubiertos por el vomitado torbellino".

¹¹ "Córcega comienza a mostrar sus oscuras montañas y una sombra del mismo color agranda su cumbre rodeada de nubes".

que, por el contrario, presenta una peligrosa barra que es necesario marginar (I 279-280).

En una incursión por tierra adentro, el poeta capta la confluencia del Arno y el Ausur o Serchio con imagen de difícil y discutida interpretación (I 567-568).

En las inmediaciones de Graviscas debe de haber algún pantano, porque así se lo sugiere al viajero un hedor estival (I 282) que se percibe, pero más interesante es la asombrosa descripción de otro artificialmente lleno de agua de mar:

Subiectas uillae uacat aspectare salinas;
namque hoc censetur nomine salsa palus,
qua mare terrenis decliue canalibus intrat
multifidosque lacus paruula fossa rigat (I 475-478)¹²;

el propósito del artilugio es que el sol, una vez inmovilizadas las aguas mediante compuertas, las solidifique en salinas (I 483-484).

Una internación de tres millas desde la costa le permite conocer las Termas del Toro, cuya agua, no sulfurosa, es agradable, tanto al olfato como al gusto, de modo que el bañista no sabe cómo aprovecharla mejor (I 251-254).

Bosques, rocas y montañas

Llaman la atención del poeta unos densos bosques de pinos cuyo verde sombrea el borde de las aguas, en torno del puerto de Graviscas (I 283-284), mientras que las alturas selváticas de Igilium o Giglio le despiertan no más que una palabra de admiración (I 325-326), y las inmediaciones de Faleria sólo lo inducen a mencionar una arboleda por donde se pasa (I 377-378).

Como descripción de piedras sólo se encuentra una del famoso mármol de Luna o Carrara, cuya blancura pondera, como rival del color de la nieve pura (II 67-68), además de elogiar también rocas de la región que al brillar con leve resplandor superan el color del lirio (II 65-66).

Piedras comunes, sin valor de lujo, son aprovechadas por el hombre cuando, naturalmente amontonadas unas sobre otras, forman en Populonia una atalaya, donde una escarpada cima sofrena y rechaza las olas (I 405-406), mientras que otro amontonamiento rupestre acumulado *ex profeso* por la mano del hombre, que ha ido fundando el suelo antes de levantar la casa, asume el papel de defensiva escollera (I 529-530).

Tres montañas elevan sus moles en el viaje de Rutilio, pero la única que le sugiere una descripción es el promontorio Argentario, que, tendiendo hacia el

¹² "Hay tiempo de contemplar unas salinas próximas a la ciudad; en efecto, con este nombre se designa una laguna salada, por donde el mar en pendiente entra en canales de tierra y una pequeña tajea provee a múltiples acequias".

mar, ciñe la azulada bahía con su doble cima (I 315-316); el autor proporciona sus medidas (I 317-318), lo compara con el istmo de Corinto porque éste, dividiendo el mar en dos, forma otras tantas costas (I 319-320), aunque no es el Argentario ciertamente un istmo, y alerta sobre las dificultades que sus esparcidos arrecifes oponen a una segura navegación (I 321-322).

Por último, los Apeninos no le merecen más que una mención, lo que se justifica por tratarse, para su derrotero, de unas cumbres visibles a distancia (II 15).

Ruinas

Es increíble que en una obra de la Antigüedad clásica se pueda ya hablar de restos del pasado, pero es cierto que Rutilio Namaciano visita y describe algunos durante su recorrido. Así ocurre en Castrum, donde una antigua puerta subraya el estado ruinoso del lugar (I 228).

Luego se presentan las de Cosa, señaladas por el abandono en que se encuentran (I 285-286). Finalmente, las obras de fortificación de Populonia, cuya anterior grandeza se ha esfumado al haber carcomido el tiempo sus murallas (I 409-410), de las cuales sólo subsisten algunos vestigios, como los techos sepultados entre los escombros (I 411-412).

Conclusiones

Resulta sorprendente cómo llega a amar a Roma un poeta nacido en tierra extraña, sobre todo cuando la ciudad imperial ha entrado en el ocaso de su gloria. A pesar de que Rutilio vuelve a sus lares paternos después de muchos años, siente más la nostalgia de la urbe abandonada que la emoción por la patria chica a la que retorna.

Semejante actitud espiritual se debe al deslumbramiento que en el alma del poeta ha iluminado la grandeza de Roma, cuyo renombre, sin embargo, considera más estrecho que sus merecimientos, porque ha sido capaz de superarse en los momentos de quebranto y porque ha expandido su brillo y sus virtudes primero por toda Italia y luego por todo el mundo conquistado.

A pesar de ser oriundo, justamente, de esta parte, su amor por la gran ciudad es intenso e íntimo, porque sopesa los beneficios que el imperio ha concedido a los pueblos subyugados, ya que Roma, aunque les había quitado la libertad política, los proveyó de bienes materiales y culturales que por sí solos no habrían alcanzado, y, como compensación de tan inapreciable bien, ha sido capaz de vivir de lo que aquellos producen para comer.

El viaje por mar le permite contemplar muchas veces la aurora para la que, no obstante, su paleta posee una mínima policromía: *punico caelo* (I 277) y *lutea aurora* (I 511), que no siempre emplea.

El itinerario, dada la vía elegida, recorre costas e islas, pero no faltan incursiones tierra adentro en momentos en que las circunstancias obligan a

suspender la navegación. Nada descuida su afán descriptivo, ni las peripecias del derrotero ni las formas y colores de los parajes, tanto marítimos como interiores e insulares, que debe recorrer sin olvidar visitas a sitios interesantes que incluyen termas y ruinas, algunas curiosidades geográficas y una disputa con huésped judío.

Sus ojos, como los de todo el mundo habitualmente, ven el mar de color azulado, pero sabe advertir que se ha vuelto amarillo cuando se agitan las arenas en el fondo (I 639). También ha sido perspicaz para contemplar el oleaje, al que nota suave unas veces, fuerte, otras, y aun productor de erosión. Una fuerte tempestad motiva diez versos (I 631-640), pero no la describe con intención parnasiana, sino con el clásico apelamiento a las deidades naturales que provocan los fenómenos de oleaje, inundación, oscurecimiento y torbellino.

Ha sabido discriminar entre puertos naturales y refugios contruidos *ex profeso* para las naves, y le ha llamado poderosamente la atención el crecimiento y el ondular de las algas submarinas. Las islas no le merecen casi más que una mención al pasar, salvo Córcega, que despierta su magín al mostrarle nubes permanentes que simulan amplair sus borrascosas cumbres.

Los ríos con que se topa motivan disímil apreciación sobre su navegabilidad, pero evidentemente el amplio meandro del Arno, en el paraje en que confluye el Ausur, lo deja tan sorprendido que en su afán de descubrir la geografía circundante, se expresa con metáfora de difícil interpretación.

Ofende sus pituitarias una laguna que no alcanza a ver y se maravilla ante otra artificial para industria salitrera, cuyo procedimiento se empeña en describir. Uno de sus mayores elogios, pero sin entrar en grandes detalles descriptivos, corresponde a las Termas del Toro.

De tres bosques que encuentra en su derrota, uno solo es motivo de mención (I 377-378), otro le despierta una sorpresa reducida al verbo *miror* (I 324-326), y un tercero lo atrae por la sombra que proyecta sobre el mar (I 283-284).

La blancura del famoso mármol de Carrara le arranca la consabida comparación con el color de la nieve. Una roca es mencionada simplemente como atalaya, mientras que en otro pasajase se detiene a describir con más interés una costa batida por el mar donde el hombre se ha visto obligado a acumular piedra sobre piedra para asentar los cimientos de su vivienda.

Hay montañas y promontorios sólo mencionados al pasar, salvo el Argentario, que debe de haberlo deslumbrado, porque se detiene a medirlo, describirlo y compararlo con el istmo de Corinto, aunque éste no parece un cotejo acertado; aparenta no distinguir bien la diferencia entre los dos accidentes geográficos confrontados.

En un mundo que estaba próximo al derrumbe, Rutilio Namaciano contempla y comenta las ruinas de una etapa anterior, señalando aquí una puerta, allá unos techos, a los que el tiempo ha derruido y empieza a sepultar hasta que la posteridad, en un movimiento siempre renovado, se vuelve a ellos con la inquisitiva unción de la inquietud arqueológica.

